

## **Ejercicio II - Análisis Hanabi**

*Takeshi Kitano* demuestra tener un gran control sobre la puesta de escena y también un gran sentido del humor. Milímetro a milímetro, *Hana-bi* es orquestada con precisión por su director, guionista, montador y protagonista -un autor en toda regla.

En primer lugar, se trata de una obra equilibrada en su totalidad. El ojo de la cámara se mantiene siempre en el margen de la acción, no participa de la ficción con grandes movimientos sino que se mantiene o bien fija, o bien hace movimientos calculados que siguen unas líneas y ritmos estrictos.

Por parte del autor, encontramos al demiurgo definido por Noël Burch: Takeshi Kitano no deja casi nada para el azar. Todos los elementos de la puesta de escena están controlados. En la escena de los fuegos artificiales, el autor controla perfectamente los tiempos del estallido e incluso, por una voluntad de control, no rueda un cohete real sino que lo sustituye por unos evidentes efectos especiales. ¿Será para controlar el movimiento, color y ritmo de la explosión en el aire? A juzgar por su reiterada capacidad y búsqueda del control, mi respuesta es rotundamente afirmativa. Al final de esta escena, ambos protagonistas encienden unas bengalas; el autor no tiene control sobre el humo, pero sí sobre la composición que encuadra de tal manera que el humo sale perfectamente por la esquina superior izquierda. En el fundido encadenado, queda la luz de la bengala en el centro de la ilustración de Horibe. El control de los tiempos es tal, que enciende el temporizador de la cámara y hace pasar el coche en el momento justo. Es paradójico como el control de la puesta en escena por parte del autor, se traduce en una falta de control para el personaje protagonista -encontramos, en la secuencia, una triada de pequeñas desgracias donde aparece el falso azar gestionado por nuestro demiurgo. Los gatos, el viento que mece las hojas y la lluvia son elementos azarosos que completan la belleza de estos planos planificados.

Nos encontramos ante una secuencia muy íntima, donde los gestos toman una relevancia completamente protagónica. El autor trata a los actores -incluido a sí mismo- como títeres a los que moldear. La secuencia carece de diálogos que son sustituidos mediante la precisa expresión de los gestos, todos calculados; el espectador comprende a la perfección las conversaciones de una pareja que ya no necesita el habla. Destacar la ausencia de gesto en el personaje de Horibe que se mantiene impasible ante su vida, no vive, observa e intenta reproducir mediante su arte.

Destacaría dos principales fuera de campos imaginarios. El primero es resuelto inmediatamente, vemos un jardín zen durante unos segundos acompañado de la maravillosa música de Joe Hisaishi -un ruido la

interrumpe. En el siguiente plano, se desvela el elemento caído, un tapón de la cámara que el detective Nishi. El segundo caso no se resuelve más que en nuestra imaginación, el protagonista toca la campana -lo sabemos a través de su sugerencia, sin la necesidad de verlo. Este gesto representa su rebelión en este momento de su vida; para complacer al niño que vemos en escena, toca la campana aunque sea incorrecto socialmente. Prioriza su ley interior -hacer momentáneamente feliz a un infante- que a la norma social (motivo recurrente a lo largo de la película). Cabe destacar el final del largometraje donde se usa el recurso de un fuera de campo imaginario aunque el significado pienso que es incuestionable - la película pide este final- aunque sigas tu ley interior existe una ley social que es más fuerte y acabará contigo.

*Takeshi Kitano* demuestra ser un autor por su implicación en todos los procesos y una necesidad de control absoluto que le define.

Marc Esquirol 3.2

22/04/2019